

**Dražen Ilinčić**

***La toalla de Berlín***

**Traducción del croata: Loreta Gudelj Barac**

“¡Papá! ¡Papá!” llamaba a gritos el niño, sentado entre sus juguetes. “Papi no está, vendrá”, le respondió cariñosamente. “¡Papá!” repitió una vez más el pequeño, esta vez silenciosamente. “Ahora vendrá, en cualquier momento”, explicaba la madre.

En ese momento, el papá gemía bastante en mi cama disfrutándolo sin duda, de lo que mostraba diferentes muestras, incluyendo las orales. Aunque... ese concierto de los muchos “¡Uhhhhhhhh!” y “¡Ummmmmm!” y “¡Aaaaaaaah!” difícilmente se podría llamar una declaración verbal congruente. Le gustaba que lo apretara bien, que me recostara sobre él, acoplándome en su culo al menos por unos veinte minutos. Era una sensación bonita, igual para él como para mí, siempre hemos tenido sexo violento, esta ha sido la novena o la décima vez. En cuanto llegué a comprenderlo, para él eso no fue fácil. En ocasiones decía que tenía la sensación que la mano entera le ateró el ano, a veces diciendo entre dientes “¡Aaaaah!”, lo que más me faltaba...”. Pero, definitivamente le gustaba a mi polla, eso sí que lo puedo confirmar. A mí más o menos, pero a la polla definitivamente.

También había romance – finalmente, no mucho después de habernos conocido terminamos besándonos y tocándonos de camino por la oscuridad robada, como dos adolescentes – y eso aumentaba el encanto de la relación. En cuanto a él, el romance le ayudó a aceptarse a sí mismo y a su conducta más fácilmente, como a su doble vida. Ya cuando vas a oscuras con un hombre, dejando a tu esposa y a tu hijo, probablemente te sientes una pizca mejor tratándose de los “sentimientos”.

Estoy diciendo tonterías, por supuesto que también nos queríamos. Nos decíamos cosas cariñosas por teléfono, al estar tomando el café en el centro, contemplaba sus ojos y pestañas embellecidos por la neblina constante, a veces pensaba en él con cariño, decía su nombre – ya sabe... Pero, los encuentros principales transcurrían en mi apartamento, cuando desnudaba rápidamente a Romano y lo mejor al final, de los calzones apretados con los glúteos redondos que se le salían.

Emotivamente, claro, nunca contaba seriamente con él. Si es gay y quiere destruirse terriblemente y profundamente a largo plazo, salga con alguien que tiene una relación existente o con una chica. Gracias a la madurez evidente que adquiriré hasta ese momento de la vida, a Romano lo tomaba como una novedad bienvenida pero engañosa. Travieso, lo sabía, la culpa era mía, conversar de nuestra relación más seriamente de lo que debía; a propósito me presentaba a mí mismo como un desgraciado miserable, quejándome de que él tenía su vida con su familia y que yo pasaba los fines de semana sentado junto a la tele. El viernes por la noche, afuera hace un tiempo deprimente, yo estoy solo y él en una unión feliz. Etc...

Eso lo decía en broma, incluso cuando no me importaba si me tomaba en serio o no. Me gustaba mi vida, especialmente su parte sexual, porque me iba muy bien con los

candidatos jadeando en mi cama. Pero a Romano le gustaba pensar que era miserable sin él, así que un viernes por la noche se atrevió a dar un paso valiente: se escapó de su compañía ordinaria, de camino compró una botella de cabernet, un pedazo de queso de cabra y chocolate con gran porcenataje de cacao y se dirigió hacia mi cama.

Ahora, había que ver cómo estaban las cosas del otro lado. Justo ese viernes pasé casi todo el día buscando un grifo para el lavabo del baño y empleé horas para encontrar una sola pieza que me gustara- minimalista y maravillosa. Llegué a casa apenas de noche, alegrándome de comer el filete estofado que me esperaba ahí, ya preparado, en el frigorífico. Debe ser uno de los placeres maravillosos del soltero: buena comida junto a la televisión. Así preparé la botella de cabernet pero justo cuando iba a empezar a comer sonó el teléfono. Romano contestó, imagínelo, diciendo que ya se encontraba cerca de nuestra casa, con el vino, el queso de cabra y chocolate porque no quería que me sintiera solo.

¡Qué mierda! ¡Justo hoy que me quiero comer el filete estofado, tomar el vino y el café cortado, fumar un habano, y ver una película de la videoteca! A Romano no lo tenía ni en mente, porque, yo tengo mi propia vida incluso siendo soltero. Además, no me hace falta nada.

No tenía ganas de disimular así que le murmuré a Romano algo de que trabajé todo el día, que estaba súper cansado y que en ese momento realmente no estaba para nada. Y era verdad.

Ni sé si ese vino, el queso de cabra y el chocolate lo llevó al final a su casa o los tiró de camino pero el hecho es que después de ese pequeño acontecimiento de algún modo perdió el interés por mí.

Su vanidad era demasiado fuerte supongo, hablamos y nos vimos algunas veces más después dejó de comunicarse conmigo. Es decir, creo que tras lo que pasó con el filete estofado ni siquiera follamos. “¡Claro que no, imbécil!”, me dirá usted, “¿quién soportaría estar en la lista de prioridades después de un filete de res?” Entoncés moralizaré yo también, queridos míos: si acepté ser su secreto, ser despreciado, no reconocido y ser parte informal de la vida de alguien, sin protestar ni pedir nada a cambio – ¡que la otra persona no se ofenda, por favor, si tengo otros placeres en la vida más que culos casuales!

No sé que me ha pasado, pero así es. Me faltan solo algunos meses hasta cumplir cuarenta años, es el momento para una pequeña confesión, quejarme un poco y contar unos detalles peculiares. Lo mismo, creo que contándolo lo sentiré como algo real o por lo contrario, podré comprobar que nada es real.

No me gusta este tono. Sexo – de eso quiero hablar primero. Es una cosa alegre pero no lo llegan a comprender todos al mismo tiempo. Si es *gay*, es muy posible que pase toda su juventud en dudas, torturas contra usted mismo o búsquedas de Don Quijote, y no quiero ni mencionar la compensa de esa sublimación.

Me veo en el borde del jardín urbano, teniendo veinte años y escuchando a mi primer amante explicándome con el afán de un conocedor (lo que en realidad era) que en ese jardín, muy popular entre la población *gay*, nunca podría encontrar lo que buscaba.

“Ves, aquí vienen siempre las mismas 400 personas”, dice Muki- mi primer amante. “Y aquí no encontrarás lo que estás buscando“. Aunque Muki y yo hasta ese momento compartimos algunas noches y días bonitos, revolcándonos excitados por la cama, él siempre me leía la mente viendo que estaba buscando otra cosa, algún otro amor grande... en cada caso algo importante.

Cuando conocí a Muki era muy ingenuo y sin experiencia alguna. Quedamos justo en ese jardín, caminamos un poco, intercambiamos pocas palabras y después nos fuimos a mi casa. Preparé el café en la estufa, distraídamente. Muki por fin estaba tranquilo, aunque eramos de la misma edad, él ya tenía algunos años de práctica sexual. Por su tranquilidad, sensibilidad y paciencia en explorar lo físico parecía un hippie.

Nos tomamos un café y Muki propuso que nos fuéramos a dormir. Repito, era muy ingenuo incluso en el momento de pensar que íbamos a dormir toda la noche y que después él se iría a su casa.

Pero no. Después de recostarnos uno al lado del otro, húmedos de la ducha, apareció algo maravilloso – el sexo. Lo tenía todo claro, sabía todo sobre cómo se debía hacer de manera intuitiva y cuándo, en el momento idóneo en mitad de la noche, descansando del abrazo en el que eramos uno, le dije en voz baja a Muki: “Sabes, esta es mi primera vez”. Él se sorprendió muchísimo, se confundió e incluso se lo tomó mal respondiéndome: “¿Por qué me lo estás diciendo? ” “¿Crees que me excita particularmente?”

Me avergoncé un poquito, pero la satisfacción vino una hora después cuando Muki, después de terminar con la serie maravillosa de besos, mamadas y quien sabe que más, concluyó: “No es posible que esta sea tu primera vez.”

Siempre es bonito escuchar el elogio por tu propio talento, especialmente viniendo de expertos.

Muki y yo disfrutamos así algunos días; él quizás quería que me enamorara de él pero yo simplemente no lo sentía. Pero, por otro lado, mi apego a él crecía con cada encuentro y justo cuando me sentía cómodo en esa relación, queriendo que nos quedáramos juntos por mucho tiempo, Muki me abandonó sin palabras ni explicaciones, cómo se entiende. Quizás quería vengarse conmigo por no haberme enamorado de él enseguida porque realmente era encantador, popular y conocido como buen amante. Tal vez ni siquiera quería tener una relación, no lo sé.

Pero me dio tristeza y una vez, cuando nos encontramos por casualidad el corazón me dolía. Al fin, tenía que seguir... estaba buscando unos amantes nuevos en Perivoj, igual que todos, soñando con el amor. En este lugar el cuento empieza a ser aburrido, probablemente llegará a ser algo más motivador.

Pero antes de eso, queridos míos (de los que algunos sois heterosexuales), hay que decir algo porque a la gente le parece que en el mundo *gay* todo se trata de sexo y que los *gays* son extremadamente promiscuos (y eso no comprende nada bueno). De hecho, eso parece porque realmente es así. ¡El sexo es el imperio *gay*! Desprovistos de los

beneficios civiles de la expresión libre de la sexualidad, de las relaciones y matrimonios públicos y aceptados (en las sociedades liberales por supuesto hay relaciones y matrimonios homosexuales aceptados, pero esto todavía no es el modelo predominante), los homosexuales se deciden instintivamente por el abrazo caliente del sexo.

A veces notaba el resplandor de la envidia en los ojos de los amigos heterosexuales mientras les hablaba de mis aventuras; probablemente pensaban qué bonito sería que en su mundo existiera ese sexo sencillo, sin convencer ni ligar y probablemente se imaginaban a sí mismos rodeados por un montón de mujeres desnudas con ganas enormes de follar con ellos.

Nada de eso, queridos míos. En cuanto al sexo, reinamos nosotros.

El sexo *gay* principalmente es el sexo entre hombres y se sabe a cuántos de esos seres— aún y cuando se nos trate de hombres típicos y queriendo menear las caderas - hay que convencer para tener sexo. Generalmente un segundo. El sexo *gay* ocurre sin complicaciones, sin expectativas, sin pasado, sin pensamiento y justo por eso es maravilloso.

Todo eso, pero mucho más profundo y complicado lo puede leer en los libros de Jean Genet pero no me fuerce a darle la literatura de ese genio de tarea porque pasará un mal rato. Mejor pregúnteme a mí, ya que estamos hablando. O no, mejor no, temo que pueda apresurarse con demasiadas preguntas...

Claro, no disfrutan todos del sexo *gay* de manera igual. No, no se trata de quién está arriba y quien está abajo – el verdadero hombre *gay* debería disfrutar de cada papel porque como menciona un amigo mío del que hablaré más tarde— el sexo es uno y un solo cuerpo. El hombre *gay* puede permitirse el lujo de que en un momento sea frío y dominante destructor de culos y en el otro un ser dócil y llorón que esperará un poco asustado la entrada del arma del otro hombre. El asunto está en que la pareja, en la relación *gay*, está equipada para los dos casos; antes o después todo se refiere a la buena infraestructura.

Se trata de eso, regresando a la pregunta por qué no disfrutan todos igual del sexo *gay*. Que existe gente que disfruta del sexo y los que lo practica por la frustración, nervio, buscando en él las aprobaciones inadecuadas. Para aquellos podríamos siempre decir que son promiscuos, si es que los queremos etiquetar, mientras que otros tienen muchas parejas; con un poco de suerte hasta muchas parejas en una sola sesión.

Hace poco tiempo, cuando me estaba besando y liando con Romano en la oscuridad, al principio de nuestra corta relación (Romano es aquel tío con el queso de oveja), eso me recordó a otra oscuridad, muchos años antes, a una situación en el parque nevado de

mi juventud. El chico era alto, moreno, creo que de tez pálida, pero no recuerdo otra cosa, excepto que me parecía bueno. ¿Dónde nos conocimos? Quién sabe. Sé solo que durante nuestro único encuentro, salimos a ese parque un poco aislado, hacía frío, los arbustos estaban nevados y detrás de uno de esos arbustos estábamos parados con los pantalones bajados hasta los tobillos, temblando, pero las pollas estaban paradas y calientes, nos las tocábamos el uno al otro con las manos, besándonos un poco y no haciendo mucha cosa ya que los dos éramos jóvenes y sin experiencia ninguna.

Aún así, siempre recuerdo esa nieve con nuestros pantalones bajados, porque eso era juventud y como lo dice un amigo mío- lo más bonito de la juventud es que las pollas se levantan al cambio de temperatura. Así que las nuestras se levantaron de la misma forma, en cuanto saltaron de los calzones calientes a la noche nevada.

¡Posibilidades, posibilidades! Siempre puede pasar algo, hasta lo imposible, la persona a la que desees de repente está aquí, viva y de sangre caliente, aquí está para que le agarres, lé aprietes, exprimas el aire de ella y le soples el tuyo. Intercambiáis ambientes, vuestros oxígenos se entrelazan y bailan en moléculas, los ojos brillan como reflectores, después se cierran como una caja fuerte.

Si algo considero sexy es el verano. Antes que todo, en verano vienen las vacaciones, se trabaja menos, el calor conmueve a la gente, la ropa es mínima, el espacio está lleno de la piel humana al descubierto. Así estoy sentado delante de la pantalla del ordenador, abriendo los perfiles en un portal internacional *gay*. Los perfiles son como pequeños anuncios, muchos con fotografías (como lo es el mío). “Ahora lo tendría”, estoy hablando en voz alta, mirando la foto del chico de unos veintiseis o veintisiete años; él está sentado en la roca, cerca del agua (no lo tengo claro si se trata de algún lago o mar), lleva la ropa informal, un calzón corto de color claro y camiseta ligera, mientras sus piernas musculosas terminan en unas zapatillas negras, chulas.

Ehora está *en línea*, pero de qué vale eso si se encuentra en el cantón Ticino, donde pone que vive. Volaría sobre el cantón Ticino (esto no es una figura y eso se hace, créeme), solo para poder acariciar sus piernas bellas una tarde y después durante la noche echarme al resto de su cuerpo. Sus ojos son, como se nota, de color verde amarronado, su cabeza está un poco inclinada, una mano la tiene apoyada en la rodilla desnuda.

Me estoy muriendo de deseo y también de tristeza por que ahora no está aquí; le envío uno de esos mensajes instantaneos, simplemente debo liberar parte de la pasión en palabras. “Y, ¿qué quieres? ”, me responde. Estoy sorprendido, me urge explicarle que estoy para todo, pero no es posible porque la distancia es enorme. “No lo es”, dice él. “¿Dónde vives? ” pregunta, “Yo estoy aquí, en el centro, en el cibercafé, regresando del mar”. “Fenomenal” digo, temblando de la posibilidad abierta, yo vivo cerca de ese

centro, “¿De verdad quieres?” “Quiero”- es decidido. “¿Qué te parece en una media hora?” “Vale, en media hora.”

Y en media hora nos encontramos en la calle de al lado, la gorra le cubre la cabeza traviesamente en sombra; es divino como en la foto, hasta tiene zapatillas similares y calzón corto de color claro y es un poco moreno, del sol. Sus ojos en realidad son verdes amarronados.

Tengo miedo, no sé que opina de mí, ¿tirará la toalla? Ha visto mi foto, claro, pero la impresión en vivo es crucial.

Acepta mi invitación, paseamos pausadamente hasta el apartamento. Al entrar, le ofrezco bebida pero él solo quiere un vaso de agua.

No podía esperar. En cuanto tragó el primer trago de agua para refrescarse, porque es verano, por fin me siento a su lado, pongo mi mano bajo su camiseta, le toco los pezones con hambre. Nos besamos salvajemente mordiéndonos, nos levantamos, le empujo hacia el dormitorio y la cama grande. Su cuerpo es divino, no de ejercicio sino natural. Su culo es redondo, lo veo todo genial hasta ahora, incluso lo recibe bien, le entró bastante rápido mientras estaba arrodillado al borde de la cama. Lo recargo maravillosamente, le saco casi hasta el final, y otra vez, todavía no lo sé claro que el objeto de mi obsesión se encontró aquí, como si tuviera la varita mágica (alguna seguramente la tengo, pero no la llamaría mágica o tal vez es así, cuando le dejamos el deseo de la varita, ¿cumple los deseos?)

El cantón Ticino colabora, le doy vuelta a su espalda, nueva posición, con gusto le alzo las piernas fuertes y un poco morenas. Deseaba que eyaculara sobre él, pronto fue salpicado encima de la cabeza, el cuello y el pecho. La tarde de verano se ha calmado.

Al ducharse, bebió el vaso de agua hasta el final. Se sentó para vestirse, su cabeza estaba entre mis dedos. Apretando cuidadosamente los cordones me dijo lo siguiente: “Debo visitar a unos parientes en la ciudad, por eso me voy muy rápido. Espero que no estés enojado. ¿O sí?” Con la última frase, interrogativa y muy pequeña me dejó el lugar para todo el universo. Pude haberle dicho que no quería que se fuera, que eso no estaba en cuestión, teníamos que follar tres, cuatro, seis o diez veces, que agarraría su culo en puños y no lo dejaría por horas, que estaríamos unidos... mi polla en su culo, caminando hasta el cantón Ticino, alegrando a la gente por el camino, pero no prestandole atención en absoluto.

Pero, yo solamente digo, providencialmente: “No, no hay problema, todo bien” como que hace un rato, mientras tenía su cuerpo jugoso entre mis manos, no pasaba todo lo que en la vida tenía que pasar.

“Dios mío, ¡soy un imbécil!” “Dios, ¡seguramente tienes mucha vergüenza de mí! ” Yo le devolvería los tres deseos al pez dorado con advertencia: “¡No hace falta, está bien!”

Queridos míos, no se trata de secuestrar a alguien y atarle al radiador solo porque me gusta. Se trata de explotar bien los momentos fenomenales siguiéndolos hasta el final y no excluirnos antes.

Es decir, cantón Ticino dijo: “Entonces bien, me voy. ” y se fue, como si no hubiera estado.

Las nuevas tecnologías le pueden cambiar la vida. Una noche en la discoteca gay, un conocido observaba cómo me quitaba del camino los tíos que pasaban al lado persistente y metódicamente, del camino de la sala mayor a menor. Estaba apoyado contra la pared y cuando pasaban, y eso que había muchos guapos, yo me quitaba del camino.

“No está bien”, ha comentado un conocido mío. “¿Por qué eres así de cortés? Puedes estar seguro que algunos guapos querían rozarte y tú no se lo permites.”

Y es como es; soy extremada y aburridamente cortés. Y por eso no soy muy bueno con los contactos directos.

Por eso, la noche en la que descubrí internet era así de especial.

Hace un rato, recordando a Ticino, mencioné los perfiles en las páginas *gay*. La noche en la que abrí mi primer perfil estaba muy entusiasmado; palabras, palabras, palabras, el envío de los mensajes a los posibles candidatos, las descripciones sexuales explícitas de “qué te haría yo a ti, qué me harías tú a mí”, la arrogancia que es difícil de obtener cuando te encuentras con alguien directamente— me volví loco de felicidad. Por fin mi medio, yo soy el rey del mundo o, como mínimo, el rey de internet, el rey de lametazos provocado por las situaciones pornográficas posibles.

Los perfiles, como los he mencionado, se parecen a los anuncios cortos. Pueden consistir en nada literalmente pero también en mucho. Los años, datos sobre la apariencia, fotografías (en total o solo con la parte elegida del cuerpo, con la polla levantada o culo en alto), las preferencias de comida y bebida, aficiones, literatura favorita, música y películas... Claro, es posible escribir lo que uno busca o no busca: “Gordos, feminizados y los que tienen más de 35 por favor que pasen de este anuncio” pero hay gente que quiere ese tipo de personas porque a la gente diferente le gustan diferentes tipos de personas).

En realidad, cuando lo pienso otra vez, me parece que la gente habla más sobre lo que no le gusta, que de aquello que sí le gusta. También hay excepciones: “Me gustaría conocer a un chico de mi edad que tenga alrededor de 25 años o todavía más joven, con unos ojos dulces, esbelto y alto, inteligente y gracioso, un tipo deportivo, también posiblemente musculoso. Espero no pedir demasiado...”

No querido, no estás pidiendo demasiado. Pero por favor, pasea hasta el pozo y verifica qué hay abajo...

Ya veo vuestra mayor pregunta, queridos míos, es decir, queridos míos sin mucha experiencia con internet: ¿cómo es posible que eso se pueda usar, ese internet, preguntáis vosotros, cuando la gente puede requerir cualquier cosa.

Se lo puedo decir: las personas no mienten necesariamente más por internet de lo que lo hacen normalmente. De otro lado, aún cuidan qué datos van a mencionar de si mismos porque con algunas personas de esos portales probablemente se van a encontrar en vivo así que los datos falsos se descubren fácilmente. Y otra vez, si existen datos falsos (o no totalmente ciertos), ¿a quién le importa eso? Es importante que la persona encaje dentro del perfil puesto.

Charlie me gustó enseguida porque me ha invitado a pasar el finde ya en el primer contacto por mensajes. Lo que digo es que el tío no pierde el tiempo, de lo que hablaremos detalladamente ahora . Las fotos eran excelentes porque se dedica al diseño así que sabía presentarse de una manera seductora.

Me esperó en el aeropuerto, me besó enseguida, se veía exactamente como en las fotos, que obviamente eran muy frescas. Nos sentamos en su coche antiguo y nos fuimos hasta el barrio en el que vivía. El apartamento era cómodo, incluso encantador y Charlie era un buen anfitrión. El sexo también era bueno— perdoneme, puede ser que no sea tan apasionado como lo esperabas, me decía Charlie— pero no, todo está bien. Charlie tiene un cuerpo fenomenal, no es demasiado alto, justo como me gusta.

“¡Anda, lee esto!”, me pide traviesamente después de tener sexo mientras estamos medio acostados, envueltos en las batas de algodón peinado, sin nada abajo. “¿Y eso qué es? ” “Es una entrevista para una revista, me pidieron que les respondiera a todas las preguntas sobre mi trabajo hasta este momento. ” Tomo la revista impresa con interés, allí las fotos ya conocidas de Charlie y solo he visto algunas, es decir no hay más libres con dos botones desabrochados de la cremallera— y al principio de la conversación, una corta introducción: “Charlie T. se está haciendo un nombre cada día más conocido en el mundo del diseño. Ese artista de treinta y cinco años ha tenido el camino interesante de la vida... ”, y más adelante, como sigue generalmente, pero yo dejé la revista.

“Pero querido”, voy comentando, mientras estamos acostados con las batas bien abiertas y el glande del pene de Charlie está saliendo rebeldemente del prepucio, “en tu perfil pone que tienes 31 años” Charlie se ha quedado perplejo.

“Pero, ¿qué tiene que ver eso?” continuo riéndome, “¿Por qué escondes tus años?” Te ves muy bien. ¿Por qué no escribes 35? ”

“Pero, ¿cómo se vería eso? ” “Treinta y cinco. Eso suena demasiado.”, Charlie se puso incluso un poco colorado.

Aprieto el cordón aflojado de su bata, le doy un beso al provocador glande que es casi cuatro años mayor de lo que decía. Para vengarme, podría metérmelo entero en la boca.

Disfruto viendo los perfiles diferentes, presentir e imaginar, pero antes de nada ahí está el deseo para quedar, descubrir, tener sexo. Para todos los que disfrutan excitando y



jugando, ahí están los portales *chat*, los lugares pasajeros y ventosos en el que uno puede pasar las horas abriéndose y disfrutando de la conversación y que al final no pase nada. Haces clic, te pones un apodo y te echas al montón de sensaciones vibrantes que siempre quedan demasiado lejos.

La gente a menudo tiene miedo. Siento que el deseo se expande desesperadamente y en las ventanillas de chat – modela las frases y después navega como el globo dejado a volar que ya nadie lo sigue mirando.

Ni siquiera he supuesto que podría tenerle miedo. He bajado a la planta baja y lo he esperado delante del portal del edificio, con las manos cruzadas en el pecho, en la bahía cómoda del atardecer primaveral. Ha dado un paseo tranquilamente, con los ojos tranquilos, y cuando subimos al apartamento aceptó el vaso de agua. Ya he notado que mis invitados sexuales son demasiado modestos– nadie quería nada más que un vaso de agua. No es mi meta ahorrar pero solo voy observando...

Cuando empezamos, del joven tranquilo se fue transformado a la planta temblante. Estaba temblando mientras bajaba de rodillas y me tiraba del chándal hacía abajo, temblaba mientras lamía y chupaba mi polla, temblaba a pesar de que acariciaba su cabeza, intentando tranquilizarle.

Todo eso lo consideraba un poco tonto pero ni caso; le envolví la cabeza con las manos y me deje llevar hasta su boca– siguió temblando pero no me dejaba hasta la eyaculación.

“¿Estás bien? ” le he preguntado un poco preocupado, no podía ni hablar. Estábamos sentados uno al lado del otro. Probablemente no podía creer que llegó a ese punto de tener relaciones con un hombre. En sus movimientos temblantes bailaba el anhelo; ¡pero qué miedo! ¡Como si el sumergir su cabeza en la entrepierna masculina fuera a causar un apocalipsis mundial! ¡Como si, mientras chupara la polla le fueran a arrastrar bestias infernales más oscuras!

Se me quitó el peso de encima porque esa tortura suya consigo mismo se había acabado. Pero no, no fue así. Esa noche primaveral el deseo era más fuerte que el de esas bestias del infierno. Rápidamente sacó el condón de su mochila; en su cuerpo quedó puesta la camiseta de tirantes muy ligera. Sacó nuevamente mi polla, la levantó con un par de movimientos, le puso el condón y después, sorprendentemente, con maestría la colocó encima de su dulce nalga, casi sin sonido. Me volteó la espalda, para no tener que verme a mí, dentro de él y enérgicamente empezó a saltar encima de mi órgano sexual hasta que todo se hubo terminado.

Cuando me iba, en la cara se le veía la expresión de la culpa y sufrimiento. Las próximas mañanas se despertará solo y espantado. A su deseo de la vida, del sexo, del cuerpo, necesitará mucho tiempo para salir adelante de la esclavitud. Mínimo por una sola noche.

“Son tres niveles: el paso, el trastorno y la locura”, en voz alta y distinguidamente articula Davor y se le escucha seguramente abajo, en el callejón porque las ventanas

grandes de la habitación están abiertas hasta el final. En su habitación las ventanas están casi siempre completamente abiertas, sin importar las estaciones del año; porque hay que “ventilar” dice, entre otras cosas por el humo de los cigarrillos— que es su afición, pero está lejos de ser fumador apasionado.

Disfruto escuchándole como disfruta hablando del mundo *gay*. Es inteligente, con experiencia, capta rápido y en su cerebro— mientras observa a su interlocutor como si no le comprendiera de nada— se crean conclusiones lúcidas sin parar. Davor al mismo tiempo es práctico e intelectual, inocente y con experiencia, astuto e ingenuo, romántico y con los pies firmes sobre la tierra. Cuando habla del amor, su voz fuerte se hace más callada y paciente; cuando habla de “las tías tontas”, grita sin importar a través de las ventanas abiertas.

Somos amigos desde hace un par de años. Yo soy relativamente joven todavía y aún tengo muchas preguntas y asombros. Estamos hablando durante horas hasta quedarnos sin voz.

Así que, el paso, el trastorno, la locura. Se crean los paseos estrechos del mundo *gay*, en esconderse constantemente, mentir, negar. “¿Pero qué se cree él, a quién le está mintiendo?”, grita Davor mientras esa tarde habla de la cita en los servicios públicos. “Lleva literalmente el bolso del mercado del que se le sale la verdura para la sopa y entonces tiene prisa. Se ha escapado por una hora de su mujer y ahora está nervioso. Sácalo, me dice mientras sigue con la bolsa del mercado en la mano y yo le digo „¡Espeera!” Está cabreado.

“¿Y entonces?”

“Entonces”, continua Davor “me he perdido totalmente. Vuela por todos lados, manos, piernas, ha bajado el bolso, se arrodilló, no ve como es el suelo, con caca o meado. “Solo mételo en la boca. ”

“¡Ayyyyyy! ”, al mismo tiempo se me pone la piel de gallina y me estoy riendo. Le admiro por mutuas aventuras del servicio; yo siempre era demasiado provincial para esas cosas. Una vez lo he intentado, estaba parado en la casilla por unos diez minutos, hasta creo que saqué la polla y la masturbaba; alguien de la casilla de al lado me observaba por el hoyo, pero eso no era todo.

De cada casilla Davor sale más y más limpio, más y más perfumado como un ángel que grita ruidosamente y bajo las alas protege a todos los que están obsesionados con el paso, el trastorno y la locura.

Pues, esa mañana el tío se la chupó en el servicio, agarró la bolsa y corrió a su vida genial. Davor en verdad no está cabreado, solo habla de esa manera en voz alta y con pasión. Es demasiado racional para el cabreo; todo eso realmente se puede explicar con el paso, el trastorno y la locura.

Con ganas va hablando de su infancia y de su juventud en el campo. Tal vez no por la juventud (aunque Davor la glorifica porque entonces las pollas se levantaban al cambio de la temperatura; me gusta esa frase suya) sino por la naturalidad. Cuando entró en la adolescencia encontró rápidamente a su alma gemela, un joven de su pueblo

así que a menudo se marchaban juntos a la naturaleza para tener sexo. “Relamente no comprendo cómo lo podíamos hacer de manera tan natural. No se hablaba de nada y hacíamos todo. Él me la metía a mí, después yo a él, sin cremas y ayudas. Todo era espontáneo”, Davor se asombraba todavía. “No había muchos pensamientos y preguntas. Todo era normal y aceptable, en el idilio del la césped, de los árboles, flores del campo y abejas. Hasta las abejas lo hacen, ¿no es cierto?”

En esa época, Davor tenía la ventanas totalmente abiertas, pasábamos mucho tiempo juntos— Davor, Robi y yo. Ellos dos tenían más experiencia y eran más decididos que yo; yo me escandalizaba siempre, como aquel día de verano cuando nos fuimos de excursión al bosque. El bosque estaba cerca de la ciudad y durante los días calurosos ahí se notaba mucho tráfico *gay*. En el lenguaje habitual, ahí se podía encontrar a alguien y hacer algunas cosas o todo entre los arbustos.

Me vestí de manera inadecuada. Respectivamente, no se trataba de ropa sino de calzado, mis nuevas sandalias italianas de gamusa que no podían hacer paces con la tierra húmeda y el césped, sobrado de los días de lluvia anteriores.

Así que, como apenas me dirigí al bosque, tuve que renunciar. “Espéranos”, se reían Robi y Davor, inofensivamente, “no vayas así por la humedad, estropearás las sandalias.” Los escuché, qué más pude haber hecho. Muchas veces en mi vida, como en aquel momento, era inepto para la acción; demasiado educado, indeciso, vestido inadecuadamente, siempre dispuesto a correr al vestuario o asiento de atrás. En ese momento en la excursión no lo tenía lo suficiente (incluso, como un aristócrata falso me enorgullecía de que me hacían falta las características cruciales, las de la persona que corta el bacalao, la que asumirá el trabajo, el sexo o tercera cosa); por suerte esa posición me aburrirá en algún momento y yo a ella también.

Estamos sentados al lado de la piscina, envueltos con toallas porque sopla el viento; al fin, se está terminando el verano. Robi me lee El libro de los cambios de I Ching después de haber ordenado los palitos que le indicaban las respuestas (que eran mías). Igual que siempre, las respuestas no han sido claras (al menos para mí), puede ser esto o aquello, de esta o esa manera. En cada caso, el momento es bonito, relajado, a pesar del día ventoso y bastante nublado.

Llegué anoche, el fin de semana; Robi lleva una semana aquí, en el hotel en la maravillosa isla en la que no hay coches. Me esperó en la ciudad, después tuvimos que viajar en barco a la isla, sin embargo, nos fuimos a un café un poco extraño, evidentemente elegante y especial en el pleno mar, en las rocas exactamente. Teniendo en consideración que es el final del verano y el tiempo horrible que apagaba las velas de afuera, nos quedamos sentados en la parte interior muy pensativos. Un montón de cojines, velas y asimetría acogedora. Nos entretuvimos hablando con los extranjeros hasta que cerrara la cafetería, más tarde Robi exclamó: “¡Pues el último barco sale a la medianoche!”

Nos saludamos rápidamente y nos fuimos corriendo al muelle; vimos que el barco estaba listo para zarpar, pero afortunadamente, Robi, igual como Davor tenía la voz fuerte, así que consiguió desviar la atención hacia nosotros (yo nuevamente estaba un poco sorprendido), de dos tíos que emergieron de noche, uno de ellos llevando un bolso grande, demasiado grande para la estancia corta de un fin de semana.

“*Halt, halt!* “ ¿gritaba Robi? “¿Por qué gritas en alemán? “, le pregunto respirando difícilmente y corriendo. “¿Sabes que son más amables con los turistas alemanes!“, dice Robi, mientras corremos y el barco por fin está cada vez más cerca.

Después del viaje corto, me exaltó desembarcar en la isla; el puerto muy pequeño tenía la luz bonita y el hotel en lo alto. A pesar de que era tarde, bajó el mayordomo y cogió mi maleta. “Me hablarás de todo por la mañana“, me dice Robi resoplando todavía pero también con una sonrisa por nuestra carrera para alcanzar el barco. “Sí, le preguntaremos a I Ching“ respondo.

Pero como dije, no hay nada de I Ching, puede ser de varias maneras. Estaba dudando en cuanto a otro enamoramiento infeliz que ha empezado intensamente pero muy pronto se ha convertido en un caos. “Tal vez debería conservar ese sentimiento en el corazón, al lado, como algo especial.“ intentaba Robi, consideradamente, “pero seguir viviendo de la manera normal.“ Soy excluyente, no cedo, no me satisfacen las respuestas de ese tipo, cada vez me pregunto por qué no tengo suerte en el amor, por qué lo esquivo; aparece y desaparece, como si me estuviera jodiendo y diciéndome: “nunca me podrás tener pero sabrás quien y cómo soy. Una conducta preciosa.“

En la piscina del hotel el viento sigue soplando de vez en cuando. Ya tenemos frío, queremos almorzar, ponemos en orden los palitos e I Ching.

No creo que en ese momento estén en Berlín– más lejos y más al norte de esta piscina– hayan sentido algo especial. Es el final de agosto y ahí, dentro de algunos meses se derrumbará el muro. Después del muro, vendré. Y así es siempre, cada vez ganas algo y pierdes algo, en este caso ganas a alguien y pierdes a alguien...

Volé al aeropuerto del este de Berlin, Schönefeld en febrero, en las primeras horas de la tarde y después en el autobús sombrío fui al oeste de Berlin y me alojé en la casa de un amigo. Nunca he estado aquí; a Berlín siempre lo notaba amenazador, enigmático y lejano y no tenía el encanto inocente de los tópicos puntos turísticos como Roma, Paris, Londres o Viena. Berlín simplemente sonaba desconocido.

Y créedme el día frío en febrero, gris y mate no es el mejor momento de estar enamorado. Aun así, nos enamoramos de las ciudades, no solo cuando hace sol y bajo la bendición del cielo. Me enamoré de Berlín, tal vez no a primera vista pero muy pronto.

¡Qué belleza tan extraordinaria! Estaba dando una vuelta alrededor, en Breitscheidplatz, el punto hasta el que llegan o se van de ella otras dos calles Ku'damm y Tauntzienstrasse; entre las que se encuentra Kaiser-Wilhelm-Gedächtniskirche

(¡intentad pronunciarlo, por favor!) o la iglesia- el monumento derrumbado que advierte de la terrible bola de fuego.

Ese centro del oeste de Berlín me pareció interesante pero irregular y tampoco muy bonito. No hay fachadas antiguas decoradas (en la segunda guerra mundial Berlín fue completamente derrumbado), pero hay líneas firmes que eran modernas en las décadas tras la guerra. El modelo de la vida occidental es el centro comercial Europa, ubicado en la misma plaza, lleno de vidrio y neón colorado, en algunos momentos pareciéndose a una sala de feria. Lo diseñaron los arquitectos Helmut Hentrich y Hubert Petschnigg y fue construido en el año 1965. Dentro, el olor de las meriendas rápidas, de los chorros y cerveza, que llega hasta los sótanos; varias tiendas, de zapatos y ropa, restaurante chino, bastante caro en el primer piso mientras que lo más atractivo es la tienda de prensa enorme con el letrero *Internationale Presse* en la que disfruto al hojear las revistas.

Es raro, digo, ese centro de Berlín occidental; incluso cuando se va hacia el este, siguiendo a Kurfürstenstrasse o Kleiststrasse, nos encontramos con los edificios enormes para vivir o trabajar, con el tono modernista, sin decoraciones. El impacto de la informalidad en el proyecto, como si nadie quisiera impresionar mucho; pero la mentalidad en Berlín es igual, si estás aquí, relájate, complácete, déjate seducir.

Esta vez escojo a Tauntzienstrasse, la calle vivaz que va hacia KaDeWe (Kaufhaus des Westens) que dicen que es el almacén más grande en Europa, aparte de Harrods que es más grande. Pero antes de conseguir llegar hasta el elegante KaDeWe-a para gastar algo de lo poco que gano, me atrae la tienda erótica excelente en Nürnbergerstrasse (más tarde se ha mudado); aunque, se trata de la tienda más fina y más “ligera“ donde se pueden encontrar no solo estimuladores para el sexo puro sino también álbumes, monografías, comics y calendarios con el cuerpo masculino artísticamente elaborado, lo que sea que signifique eso. A menudo, siempre me pasaba con esas fotos en blanco y negro de los desnudos con sombras porque me parece que la intención en el posicionamiento de los mismos no es la calidad y mucho menos arte sino complacer la hipocresía de los consumidores, si para excitarme uso los desnudos “finos“ y “artísticos“, entonces probablemente soy menos sucio y culpable en mi “concupiscencia“.

Por eso en esa tienda erótica, especializada para los clientes *gay*, enseguida me dirijo hasta la estantería con las revistas concretas donde se ve bien y sin pretender el cuerpo hecho para el sexo y no para los desnudos.

¿Pero por qué la persona hojearía las revistas en la ciudad del sexo? ¿Hay alguna razón para semejante cosa? No, no hay, pero no me decido a marcharme.

Llamo a Robi desde la cabina telefónica. Le da gusto escucharme pero pregunta enseguida: “¿Has estado en la sauna, ahí donde te decía?”

Me siento incómodo pero le digo que todavía no. Y estoy por la mitad de mi estancia aquí. “Por favor, realmente te pido que vayas.“ me convence desaprobándolo y yo de verdad decido que debo ir, sin importar la inhibición y el miedo. Las saunas *gay* son

entre los lugares importantes para el sexo y diversión; no tenía ganas de ir porque pensaba en cómo iba a ir yo allí, cómo era, si estaba sucio o no, si había enfermedades...

Robi me convenció realmente. A través del jardín zoológico, a unos minutos de Breitscheidplatz, en la planta baja del edificio grande con apartamentos de alquiler, se encuentra una puerta de metal simple. Al lado hay un timbre pequeño donde pone “*bitte klingeln*”.

Pulsé el timbre, se escuchó el zumbido y el chasqueo de la cerradura— ah, recuerdo cada sonido dulce— y la simple puerta de metal del paraíso se ha abierto.

“A su lado derecho pasáis al lado del Palacio de la República y a la derecha el Jardín de la Paz, así generalmente los guías de los grupos turísticos van explicando mientras el autobús va lentamente por las rutas viajeras desgastadas en las que se han perdido muchos amores hacia los viajes.

De mi parte izquierda, en la sauna *Adonis* estaba la recepción pequeña en la que justo me entregaban la toalla y la llave del depósito (a cambio de unos veinte marcos alemanes), mientras que a mi derecha ocurría una verdadera promoción. Al final del pequeño pasillo, dicho de manera precisa — paseo, se estaban promocionando muchos hombres casi desnudos, cubiertos solo con sus toallas naranjas, generalmente descalzos. Eso me parecía increíble: hombres descalzos en cantidades increíbles, se hacen notar, prometen...

Tomé mi toalla naranja, la guardé en la taquilla y enrollé la cadena de la llave alrededor de la mano, fui a la recurrida penumbra del templo del deseo. Alrededor de la barra hedonista hay un bullicio constante; alguien toma agua mineral tomando solo algunos minutos de pausa entre dos coitos, otros recobran fuerza comiendo algo caliente (que lleva personalmente el cocinero con el afán del *chef* serio) y algunos, alivian la decepción con los tragos enormes del coñac.

Sigo pensando que no existe lugar de ese tipo sin preguntas ni respuestas; en uno de los pasillos con cabinas privadas por un mayor precio porque es posible alquilar cabina con cama, la pequeña televisión y el espejo grande, para que el placer tenga su reflexión maravillosa), en el banco revestido con el cuero artificial marrón, dos jóvenes se abrazan y besan, se acarician los muslos y entrepiernas, reconstruyendo una escena de antigüedad. Paso al lado, lentamente, viendo si realmente está pasando.

En la sauna finlandesa, un joven fuerte sube la temperatura agitando la toalla por el aire. Pero la sauna finlandesa no es nada. El centro de la acción está en la sauna *gay*, el baño turco donde los cuerpos envueltos en el vapor se entregan a los diversos placeres y también en grupo. Asombrado por la libertad vista en el *Adonis* naranja esa vez ni descubrí el cuarto con vapor metido en el sótano...

De nuevo estoy en la cabina telefónica, le estoy dando las infinitas gracias a Robi por insistir en convencerme y timbrar por fin el botón al lado que pone “*bitte klingeln*”. Él murmura satisfecho; me estaba convenciendo que lo pensara mejor incluso unos meses

antes durante la mutua visita a Munich. Pero no me dejé en aquel entonces. Pensaba que estar sentado en la cafetería olorosa visitada frecuentemente por la comunidad *gay* era suficiente. Y en esa cafetería intercambiaba miradas con un joven guapo, uno o dos años menor que yo que hojeaba los periódicos y papeles. Iniciamos la conversación, me gusta, yo a él también le gusta, se ve en sus ojos, pero nada concreto pasa. Robi esperaba pacientemente no interfiriendo mucho, amistosamente como era debido.

En vez de que el de los periódicos proponga algo— al fin, estoy en su ciudad por **la** primera vez— se iba por las ramas diciendo que dónde íbamos esa noche, que había un buen club en el que podíamos quedar...

Fuimos al club (en vez de ir a la sauna) pero el tonto no estaba; Robi escucha **a** mi queja sobre “esos maricones que ni siquiera en Munich saben lo que quieren“. Los ojos bonitos en la cafetería olorosa naj122WERTY son una auténtica mierda.

Afortunadamente, con el descubrimiento de la sauna, esas comunicaciones distorsionadas y tontas quedan cada vez más detrás. Habiendo encontrado el baño de vapor, en la primera planta de *Adonis*, un nivel importante de mi educación sexual fue terminado. Abriendo la pesada puerta de cristal, cubierta con la niebla constante, entré al túnel dividido en tres habitaciones; el nivel de la acción crecía de una a otra— mientras en la primera todos estaban esperando, en la otra ya había mucho sexo y en la tercera solo había sexo. La oscuridad es apenas una pequeña luz azulada, como la luz de un faro lejano llegando desde arriba. Casi todos los cuerpos se ven bonitos, en la niebla, son limpios y olorosos... En otra habitación, un joven con barba, apoyado en las baldosas de la chorreante pared de agua evaporándose, me observa mientras paso al lado suyo casi tocándole. Me vuelvo o giro, es más bajo que yo; empieza a tocarme y acariciarme los huevos y la polla. Nos acercamos el uno al otro jadeando, nos movemos de la pared. Y hop, ya entra el tercero ocupando el lugar al lado de las baldosas acercándose a mi amante en un momento por atrás.

La cosa va fenomenal, sigo jadeando de placer. El tío con **la** barba, baja de rodillas y mete mi polla en su boca. Me beso con el tercero, alto y flaco, que se metió ahí mientras el pequeño y diligente empleado está arrodillado entre nosotros ocupándose detalladamente de mi miembro. Hay tanta devoción y amor en su arrodillado y chupar que estoy completamente extático, conmovido.

Eyaculé; resoplo y me estoy recuperando. El tercero sonrío silenciosamente, como si todos juntos cooperáramos en algún triunfo y me acaricia el culo de saludo.

Todo eso ocurre en segundos; el pequeño de barba está de rodillas y antes de irme hacia las duchas, toma mi mano y la besa.

La compañía heterosexual de mis amigas y amigos me esperaban en el aeropuerto, en las primeras horas de la tarde y mi avión de Berlín llegó a tiempo. Quedamos para ir enseguida a comer y hablar sobre mis aventuras berlinenses. Disfrutaron de mis cuentos que siempre me gustaba adornar con un poco de gracia.

Una semana antes, sobre las nueve de la mañana, en el mismo aeropuerto estaba esperando el aterrizaje. En las salidas de al lado charlaba alegremente la muchedumbre de viajeros, en los vuelos a Londres, París y Amsterdam, mientras delante de la salida a Berlín estaban apenas algunos viajeros entre los que me encontraba yo. Ese cuadro se repetía muchas veces, me sentía muy raro, hasta un poco ansioso, un poco especial de esperar delante de la pantalla con el vuelo y destino anunciados con algunos sospechosos similares: Berlín-Tegel (Schönefeld en ese momento ya era cosa del pasado, en la mayoría de los casos llegó al aeropuerto principal berlinense, Tegel, cómodo y con comunicaciones sencillas hasta la ciudad alejada apenas ocho kilómetros).

El pequeño avión se acerca a Tegel, volando encima de los lagos y bosques maravillosos que respiran en los bordes de la ciudad. Es verano, julio y hasta ese norte se ve blando y tierno. Delante de la gran cervecería en Ku'damm a las doce de la noche todavía están sentados los turistas con las jarras enormes en las mesas. Ceno en el restaurante del hotel que tiene una pequeña terraza en la calle, llegan músicos de cuerdas y tocan unas piezas claves. Tocan excelente, seguramente son estudiantes de la academia. Están sorprendidos cuando echo diez marcos en su cajita pero como creo que realmente son buenos, por qué no sería generoso con ellos. Bien, lo acepto, son bastante guapos también.

Pero no escuché mucho la música esa semana, o cualquier otra cosa. Recorría saunas diversas berlinenses, queriendo hacer un análisis y una lista calificada. Era, como lo diría, un viaje universitario. Muy pronto fue claro que *Adonis* estaba en el primer puesto y por mucho; aunque, la vi interesante a la sauna *Relax* en un jardín al este de Berlín. Detrás de la puerta modesta estaban dos plantas preciosamente decoradas con unas ventanas grandes completamente cubiertas por cortinas azules, así que el interior y la gente— durante el día, cuando la luz del sol se filtraba por las cortinas de color azul marino— recordaban al museo fascinante de esculturas. El baño de vapor, sin embargo estaba abandonado, muy lejos del bullicio de *Adonis*; se encontraba, afortunadamente, un joven descabalado y de tez blanca que estaba sentado en el banquito de plástico entre el otro visitante y yo, dedicándose al mismo tiempo a las pollas de los dos.

*Adonis* definitivamente lidera. Es decir, cuando el pequeño avión sobrevoló los lagos y los bosques aterrizando de manera segura en Tegel, no tardé mucho en llegar al hotel y apuntarme. Ya, después de las once de la media mañana deshice las maletas y me duché, añorando irme a *Adonis* lo antes posible. Pero abría apenas a las dos. ¿Y ahora qué? Recordé que todavía no he visitado el famoso jardín zoológico que, como he dicho, estaba justo a través de la sauna.

Así paseé hasta el jardín zoológico. Recuerdo solo el enorme tigre que había, espero que temporalmente en una jaula demasiado pequeña. ¿Y la gran panda Bao-Bao, la estrella del zoológico berlinense? Ni idea, tal vez estaba allí o no. De la parte final del zoológico podía observar la puerta de *Adonis*; en algunos minutos después de las dos no vi que alguien más estaba entrando. ¿Y a quién le importa? Terminé abruptamente la visita a los animales (adiós Bao-Bao, que tal vez estabas o no estabas allí) y fui corriendo a la sauna. La toalla naranja, de puntillas por el suelo hasta la barra para tomar una cerveza y el primer visitante de *Adonis* ese día esperaba que la vida surgiera por los pasillos de la sauna, lo que sucedió y nada lo podía impedir.



Mis amigos en el aeropuerto están asombrados– ¡He perdido unos kilos! “¿Has salido de ese vapor?“, me preguntan con una sonrisa ya puesta. “No“, respondo. “En cuanto llegué, apenas pude aguantarme hasta la apertura ...“, etc. En el restaurante, un poco después, se parten de la risa con los vasos de la pinot blanca en la mano. Dieta de vapor, así me llaman.

¡Hey!, ¡para!, me digo a mi mismo ahora. Me he despertado agitado, preocupado. Un poco antes de despertar, es decir, durante el sueño que es y no es un sueño, veo los rostros de los conocidos– generalmente, cariñosos conmigo – como con insatisfacción leen este texto preguntándome por qué escribo de manera tan irresponsable, trivial, de las pollas, culos y sexo, ¿Por qué lo necesito? ¿De dónde vienen los tacos?

Realmente, a veces necesito convencerme a mí mismo que esto tiene sentido, ¡Um!. Todos nacimos, queridos míos, como pelotas egoistas y calientes que querían follar y acariciarnos. Solo eso, follar y acariciarnos. A veces llega a la vez, a veces aparte y lo más a menudo no viene ninguno de los dos. Y en ese momento no estamos felices.

Y esos maricones jodidos quieren solo eso, follar y acariciarse. ¿Y no tenemos derecho a ello? De todos modos estamos jodidos; queridos heterosexuales, por favor recordad a vuestros amigos maricones– seguramente los tenéis– recordad cómo siempre tienen las caras alargadas y tristes como si todo el tiempo pusieran mala cara porque se les ha hecho un tipo de injusticia. Son antipáticos, ¿no es cierto? Y es una injusticia que lleva, como lo diagnostica Davor, al trastorno y a la locura.

Ahora yo soy el que tendrá algunos recuerdos. Uno de mis primeros pasos pasó después de la secundaria, cuando de repente me acostumbé a ser trabajador y a estudiar sistemáticamente. Cada día, después de la clase disciplinadamente repasaba lo que hicimos ese día y así ampliaba mi conocimiento gradualmente y no de esa manera mala de estudiar en el último momento. ¡Vale ya, por favor! ¿Quién es disciplinado en la adolescencia? La respuesta es: aquel que no puede realizar el impulso clave en esa edad y ese es el de explorar el mundo de intimidad y de sexo.